

*Lo que hacemos con nuestros hijos hasta que,
gracias a ellos,*

LOS PADRES APRENDEMOS A EDUCAR

María Menéndez-Ponte

Conejillos de Indias

Si, al nacer, nuestros hijos fueran conscientes de lo inexpertos que somos, seguramente exclamationarían: ¡Socorro, me vuelvo adonde estaba! Muchas veces he tenido, y aún tengo, la sensación de que mis hijos han sido conejillos de Indias o cobayas. Por ejemplo, cuando nació el primero, hace diecisiete años, el parto sin anestesia era considerado tercermundista. Se suponía que evitando el dolor de la madre, se evitaba el trauma del hijo. Cuando a los tres años nació mi segundo hijo, no se podía dar a luz sin anestesia epidural, una mágica inyección en la espalda que te permitía asistir al nacimiento de tu hijo sin sufrir. Y cuando llegaron los dos pequeños, la última moda era el mal llamado "parto sin dolor" o lo que es lo mismo "a la brava" (naturalmente el ginecólogo que lo bautizó nunca sufrió en sus carnes los dolores de un parto). El argumento era irrefutable: ¡Señora, no querrá usted que su hijo sufra daños en el cerebro! Desde luego, ninguna madre que se precie de serlo lo quiere. Por eso, está dispuesta a aguantar 24 horas de parto y lo que le echen. Además, dará gracias a Dios de que sus anteriores hijos hayan salido bien librados de los devastadores efectos de la anestesia y de no haberse quedado coja con la epidural.

¡Socorro, me vuelvo a la tripita de mi mamá! –dirá cualquier bebé consciente. Pues, hijo, tampoco allí estás a salvo. Todavía desconocemos demasiadas cosas para que lo estés.



¡Socorro, me vuelvo a la tripita de mi mamá! –dirá cualquier bebé consciente. Pues, hijo, tampoco allí estás a salvo. Todavía desconocemos demasiadas cosas para que lo estés. Y vuelvo a mi primer embarazo, en el que durante cinco meses me atiborraron de hormonas porque tenía riesgo de aborto. Yo estaba feliz al pensar que con todas esas pastillas e inyecciones evitaba perder a mi hijo. Sin embargo, cuando en el embarazo del segundo empecé con pérdidas y le expliqué a otro ginecólogo –esta vez, americano, porque vivía en Nueva York– que me tenía que dar hormonas, abrió un libro y, mirándome gravemente, dijo: está demostrado estadísticamente que las hormonas no influyen para nada en la detención de un aborto y sí, en cambio, pueden producir cáncer de útero a los veintidós años en el caso de que usted tenga una hija. Naturalmente, en ese momento di gracias a Dios porque mi primer hijo había sido un niño y me quedé

bastante preocupada por mi posible culpabilidad si hubiera sido niña.

¡Cuánto amor hace falta para tanta inexperiencia!

Si nuestros hijos de meses hablaran, ¿cuántas veces nos dedicarían frases como éstas!: "¿Y vosotros sois los padres? ¡Pues, vaya par! Se supone que los padres saben qué hacer con los hijos". Si, se supone, pero no siempre es así. Más bien casi nunca, porque los padres aprendemos sobre la marcha con ellos. Todavía me acuerdo de las malditas tetinas de los biberones. No sé si hoy es un tema que está ya solucionado, pero, excepto con el segundo, que se crió en Nueva York, donde sí estaba resuelto, fue una verdadera pesadilla. Por supuesto, la experiencia peor fue con el primero. Cuando compré sus biberones, nunca se me pasó por la cabeza que

las tetinas pudieran venir sin agujero; sobre todo, porque aparentemente sí estaban agujereadas. Por eso, cuando llegamos a casa con el niño llorando porque le tocaba la toma y comprobé que no salía nada por aquel falso agujero, perdí la paciencia: *¿Cómo era posible que te hicieran semejante juena? ¿Cómo era posible que a finales del siglo XX te vendieran tetinas sin agujeros?* Menos mal que estaba mi madre, y que en su época, igual que en la mía, los agujeros había que hacerlos con un agujero quemado. El primero salió demasiado grueso y casi ahogó al niño; el segundo demasiado fino y apenas salía nada... Gasté seis tetinas hasta conseguir una medianamente aceptable. Luego, me enteré de que esto era "mal de muchas y consuelo de tontas".

¡Que no te enteras!

Naturalmente, con semejantes tetinas, el niño tenía gases permanentemente. Y como no sabía hablar, lloraba. Y yo, como no sabía nada de nada, creía que se había quedado con hambre y me empeñaba en darle más biberón; lo cual, aparentemente, le consolaba, pero a los pocos segundos reanudaba el llanto. Entonces le cambiaba el pañal. Y le daba palmaditas en la espalda. Y lo paseaba. Y lo acunaba. Vamos, que hacía todo lo que sabía. Y cuando parecía que se dormía, lo echaba en la cuna. Pero, al hacerlo, volvía a llorar. Y después de algún tiempo y agotamiento por mi parte, yo, que nunca había creído las teorías de mi madre, me preguntaba: *¿Tendrá razón? ¿Serán mimos? ¿Habrá que dejarlo llorar?*

Los hijos: los mejores profesores

El pobre me enseñó que no eran mimos. Me enseñó a distinguir los distintos tipos de llanto. Me enseñó a darle el biberón, la papilla. Me enseñó a bañarle. Me enseñó cómo tenía que hablarle. Sí, él me enseñó un montón de cosas que me sirvieron para sus hermanos. Y además, me enseñó cómo tenía que enseñarle a él. Y me enseñó a ver las cosas de otra manera: sin estereotipos. Pasando mucho tiempo con él, aprendí cómo aprendía. Y dedicándole mucho tiempo a todos mis hijos aprendí que nadie mejor que ellos podía decirme lo que era mejor para ellos.

Ni siquiera los supuestamente más entendidos, o sea, los pediatras, podían hacerlo mejor. Con esto no quiero decir que no sepan o no sirvan. Todo lo contrario, son fundamentales en una crianza. Pero no infalibles: lo que funciona con un niño



—como puede ser un tipo de leche— no funciona con otro. Y además, lo mismo que los ginecólogos, también ellos están sujetos a las "modas".

Al mayor de mis hijos (el que siempre paga más el pato, aunque recibe más atenciones) le tocó la moda de comer puré de verduras con carne y pescado desde los tres meses. El resultado fue que su pis olía a amoníaco puro; quemaba la moqueta y, por supuesto, le abrasaba su delicado culito (ninguna pomada del mercado pudo remediarlo). Naturalmente, mi inexperiencia en el tema me hacía creer que ése era el pis normal en un bebé. Y sólo después de comprobar que los otros, criados exclusivamente con leche hasta los seis meses (les tocó esa "moda"), no hacían pis amoniacal, me di cuenta de que la alimentación del primero era errónea.

Todavía lo recuerdo comiendo ya de cuchillo y tenedor, a la edad en que los otros iniciaban el destete. Y a veces me pregunto si su alergia al polen no sería desencadenada por el abundante uso de polvos de talco en el culito. Algo que ahora está totalmente contraindicado. También me pregunto si se habrán puesto de acuerdo en el uso de las colonias los pediatras españoles y los americanos. Pero yo, por si acaso, desde que en Nueva York escuché la respuesta del pediatra ante mi extrañeza por no encontrar colonia para bebés, no he vuelto a echarles la colonia di-

Sí, mi primer hijo me enseñó muchas cosas, pero pagó muchas novatadas. A pesar de que yo leía todo lo que podía sobre niños, porque quería hacerlo bien; porque me gustaba mucho hacerlo. Y sobre todo, porque me sentía responsable de él. Pero mi inexperiencia era mayúscula. Por eso todo el amor que yo pudiera demostrarle era poco.

Madres documentadas

Hoy, las madres sabemos la importancia que tienen los tres primeros años en la vida de un niño. Y que el niño, en esos años, aprende por mimetismo con la madre. Y que la madre es insustituible. Como, además, muchas hemos pasado por la universidad, nos documentamos y nos interesamos por todo lo referente a la educación de los hijos. Sin embargo, como también trabajamos, y no tenemos servicio, y vivimos muy deprisa, la mayoría de las veces no podemos poner en práctica todas esas buenas intenciones. Y en cuanto el niño anda, a veces antes, ya lo metemos en una guardería.

Eso no tendría tanta importancia, si el tiempo que le dedicáramos en casa, fuera un tiempo real: de jugar con él, de contemplar como juega, de escucharle, de contarle y leerle cuentos, de cantarle. Pero es que muchas veces el tiempo que le dedicamos es sólo para darle de comer, sentarlo en el

orinal o decirle que recoja los juguetes. Y enseguida recurrimos al corralito para que nos deje trabajar o descansar en paz.

Es verdad que estamos muy ocupadas. Pero siempre es

mejor que la casa esté un poco más sucia y dedicarle ese tiempo a nuestro hijo. Como también es mejor que lo incorporemos a nuestro trabajo en lugar de darle de

Me enseñó a distinguir los distintos tipos de llanto. Me enseñó a darle el biberón, la papilla. Me enseñó a bañarle. Me enseñó cómo tenía que hablarle.

rectamente en la cabeza. Pues éste, alarmado por mi pregunta, me dijo: ¿no se da cuenta de que es un modo de alcoholizar a su hijo a través de la piel?

lado, aunque así tardemos más tiempo en hacerlo. A los niños les encanta hacer lo que hace la madre: prefiere sus instrumentos –escoba, aspirador, cacharros de cocina– a sus juguetes; pero sobre todo, le gusta sentirse importante y estar al lado de ella. Por eso, si le dejamos la escoba para que barra, o una bayeta para que limpie el polvo, o le permitimos que nos ayude a lavar y partir la lechuga para la ensalada, se sentirá feliz. Si además le hablamos, y le explicamos lo que hacemos, y contamos con él los huevos que vamos a poner en la tortilla, o le enseñamos que el tomate es de color rojo y el pepino de color verde, aprenderá muchísimas cosas.

La contradicción y la orden permanente

Inconscientemente, la mayoría de las veces entramos en permanente contradicción: un día lo enchufamos a la tele porque estamos ocupadas y al día siguiente le reñimos por ver mucha televisión. Un día nos reímos de una gracia suya y al siguiente, le regañamos por lo mismo. Cuando vamos al supermercado le compramos chokolatinas y lo que haga falta con tal de que no vacíe los estantes o no se tire de cabeza del carro. Y en casa, le regañamos porque pide chocolate. Un día le damos tres mil pesetas porque nos sentimos generosas y al siguiente le reprochamos que es un consumista y un pediguño.

Si grabáramos todas las órdenes que les damos a nuestros hijos a lo largo del día, comprenderíamos que nuestra casa se parece bastante a un cuartel; y nosotras, a un sargento: “*Vamos, levántate*”, “*Vístete*”, “*Dúchate*”, “*Lávate los dientes*”, “*Recoge tu cuarto*”, “*Lávate las manos*”, “*A comer*”, “*A cenar*”, “*A desayunar*”, “*Estudia*”, “*No pises ahí que acabo de fregar*”, “*Iros a jugar a otra parte*”, “*No hagáis ruido*”, “*En casa está prohibida la pelota*”, “*No corras por el pasillo*”...

Y si escucháramos las amenazas que les dedicamos y los castigos que les ponemos, comprenderíamos que les estamos enseñando a ser chantajistas, injustos, mentirosos y rencorosos: “*Como vuelvas a escupir las espinacas, ya no te quiero*”, “*Como vuelvas a traer un suspenso, te quedas un año sin televisión*”, “*Como vuelvas a comprarte otro videojuego, te quito la paga*”, “*Por haber llegado ayer diez minutos tarde, tres semanas sin salir*”, “*Si no te callas, te encierro en el cuarto oscuro*”, “*Si eres malo, llamo al hombre del saco para que te lleve*”...

La doma

A veces se nos olvida que nuestros hijos son seres humanos. Y nos dedicamos

a domarlos en lugar de educarlos. Nos resultan más cómodos y rápidos los reproches y las órdenes que las explicaciones. Preferimos el autoritarismo a lograr que una obligación se convierta en diversión o responsabilidad.

Un niño, antes de los cuatro años, difícilmente comprende para qué sirve el orden o por qué hay que lavarse los dientes o por qué es sano comer verduras. Por eso es mejor que las obligaciones les resulten un juego: los juguetes están cansados y quieren acostarse; o los juguetes no quieren volver a los estantes, vamos a ver si conseguimos meterlos; o a ver quien guarda más juguetes en menos tiempo... Y se comerán las judías verdes mientras escuchan lo que le ocurrió a un niño que sólo comía pan con mermelada. Y se lavarán los dientes para combatir al ejército

A veces se nos olvida que nuestros hijos son seres humanos. Y nos dedicamos a domarlos en lugar de educarlos.

de gérmenes que les atacan. También querrán que su ropa esté tan ordenada como la de su madre: “*Fíjate qué bien me ha quedado el armario, ahora enseguida encuentro lo que quiero ponerme*”.

En cambio, cuando son mayores ya pueden comprender que si todos tenemos derecho a dejar nuestras cosas tiradas por la casa, a comer a la hora que nos dé la gana, a no lavarnos, etc., la vida sería bastante insostenible. Y que la casa es responsabilidad de todos los que viven en ella. Un amigo nuestro que se casó con una divorciada y, de la noche a la mañana, se encontró con tres niños terriblemente desordenados, harto de tanto desorden, decidió un día, con gran sentido del humor, poner en marcha un método que le dio bastante buen resultado. Si se encontraba unas deportivas en el salón, las colgaba de la lámpara, las gafas abandonadas en la cocina iban a parar al azucarero y el jersey a la papelería. Enseguida, los niños aprendieron a no invadir el espacio ajeno. Y él no se desgastó con broncas ni amenazas incumplidas.

La improvisación

El problema es que, en lugar de crear ciertas normas y atenernos a ellas, solemos improvisar sobre la marcha. Eso desconcierta bastante al niño. Aunque, en realidad, seamos nosotros los más desconcertados: no sabemos por dónde andamos. No tenemos las ideas claras sobre

cómo queremos educarles o qué valores queremos transmitirles. Y además, somos unos conformistas: nunca nos preguntamos si lo que la sociedad nos impone en ese momento (por ejemplo, el consumismo) nos gusta o si podemos nadar contracorriente y darles a nuestros hijos otras alternativas. Preferimos meter la cabeza debajo del ala y dejar esa labor en manos del colegio.

Nosotros somos conformistas, pero nuestros hijos no lo son. Aunque acabemos convirtiéndolos por nuestra falta de respuestas. Los niños hacen muchas preguntas. Algunas, aparentemente intrascendentes, demuestran una preocupación por algo que va mucho más allá de la pregunta. Pero nosotros, generalmente tan abstraídos en nuestras propias cosas, no les presentamos mayor atención. Y cuando queremos conectar con ellos, hablan ya un lenguaje diferente al nuestro que nos entendemos.

¿Cuántas cosas hacemos mal y qué pocas veces les pedimos perdón por ello! En cambio, ¿cuántas veces les obligamos a ellos a pedir perdón por haberse portado mal!. Por eso, yo me pregunto:

¿Cómo es posible que en un programa de televisión hubiera tres mil y pico llamadas de padres diciendo que consideraban que sus hijos abusaban de ellos? ¿No será justamente a la inversa? ¿No será que les hemos educado mal nosotros?

Actividades

1. Hacer un listado de reproches que se les hacen a los hijos y transformarlos en positivo.
2. Hacer un listado de castigos y cambiarlos por alternativas menos drásticas.
3. Imagina soluciones humorísticas cuando tu hijo: a) organiza rabietas b) no quiere comer c) chantagea d) amenaza e) da malas contestaciones f) llora por todo g) discute por todo h) no se baña i) está enganchado a la tele, los video juegos o el walkman j) vuelve tarde k) es desordenado l) es un “huésped”.
4. Cuáles de estas u otras situaciones te ponen al límite de tu paciencia. Ver por qué se producen.
5. Causas posibles de la falta de entendimiento entre padres/hijos.
6. Inventa un juego para jugar con tu hijo a) de tres meses b) siete meses c) un año d) tres años e) ocho años.
7. Imagina los consejos que podría darte tu hijo de: a) seis años b) diez años c) quince años.
8. ¿De qué hablo con mis hijos?